



Guy de Maupassant

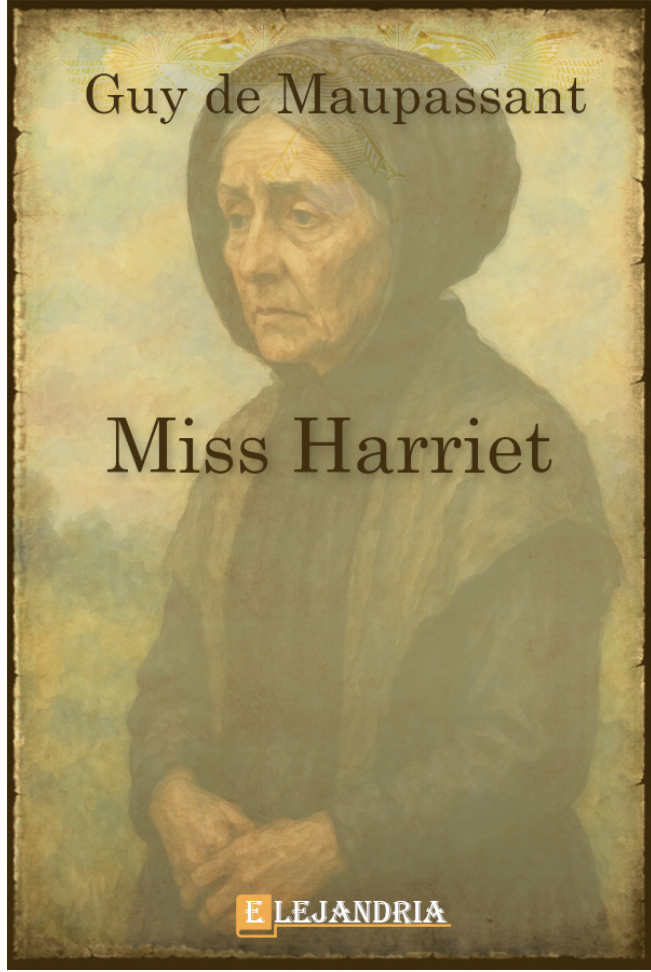
Miss Harriet

E LEJANDRIA

Guy de Maupassant

Miss Harriet

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MISS HARRIET

GUY DE MAUPASSANT

PUBLICADO: 1884

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: LOUIS CONARD, 1908, PARÍS

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

MISS HARRIET

A Madame...

Éramos siete en el coche, cuatro mujeres y tres hombres, uno de ellos en el pescante junto al cochero, y subíamos, al paso de los caballos, la gran cuesta por donde serpenteaba la carretera.

Habíamos salido de Étretat al alba para visitar las ruinas de Tancarville y aún dormitábamos, entumecidos por el aire fresco de la mañana. Las mujeres, sobre todo, poco acostumbradas a esos despertares de cazadores, dejaban caer sus párpados a cada momento, inclinaban la cabeza o bostezaban, insensibles a la emoción del día naciente.

Era otoño. A ambos lados del camino se extendían los campos desnudos, amarillentos por el rastrojo corto de la avena y el trigo segados que cubría el suelo como una barba mal afeitada. La tierra embozada en niebla parecía humear. Cantaban alondras en el aire, otros pájaros piaban en los matorrales.

El sol finalmente se alzó ante nosotros, rojo intenso en el borde del horizonte; y, a medida que ascendía, más claro a cada minuto, el campo parecía despertar, sonreír, sacudirse y quitarse, como una muchacha que sale de la cama, su camisa de vapores blancos.

El conde de Étraille, sentado en el pescante, gritó:

—¡Mirad, una liebre! —y extendió el brazo hacia la izquierda, señalando un campo de tréboles.

El animal corría veloz, casi oculto por el sembrado, mostrando solo sus grandes orejas; luego se lanzó a través de un labrantío, se detuvo, reanudó una carrera loca, cambió de dirección, se detuvo de nuevo, inquieto, acechando todo peligro, indeciso sobre el camino a tomar; después, volvió a correr con grandes saltos de su cuarto trasero y desapareció en una ancha parcela de remolachas. Todos los hombres despertaron, siguiendo la carrera de la bestia.

René Lemanoir sentenció:

—No estamos muy galantes esta mañana —y, mirando a su vecina, la pequeña baronesa de Sérennes, que luchaba contra el sueño, le dijo a media voz—: Piensa usted en su marido, baronesa. Tranquilícese,¹ no regresa hasta el sábado. Aún tiene cuatro días.

Ella respondió con una sonrisa adormilada:

—¡Qué tonto es usted! —Luego, sacudiendo su letargo, añadió—: Vamos, cuéntenos algo que nos haga reír. Usted, señor Chenal, que tiene fama de haber tenido más buenas fortunas que el duque de Richelieu, narre una historia de amor que le haya sucedido, la que quiera.

Léon Chenal, un viejo pintor que había sido muy apuesto, muy fuerte, muy orgulloso de su físico y muy amado, se tomó la larga barba blanca con la mano y sonrió; luego, tras unos momentos de reflexión, se puso grave de repente.

—No será alegre, señoras; voy a contarles el amor más lamentable de mi vida. Deseo a mis amigos que nunca inspiren uno semejante.

I

Tenía yo entonces veinticinco años y hacía de rapin por las costas de Normandía.

Llamo «hacer de rapin» a esa vagabundancia con el saco a la espalda, de posada en posada, bajo pretexto de estudios y paisajes del natural. No conozco nada mejor que esa vida errante, al azar. Uno es libre, sin trabas de ninguna clase, sin cuidados, sin preocupaciones, sin pensar siquiera en el mañana. Se va por el camino que a uno le place, sin más guía que la fantasía, sin otro consejero que el placer de la vista. Uno se detiene porque un arroyo le ha seducido, porque ha olido a patatas fritas ante la puerta de un mesonero. A veces es el perfume de una clemátide lo que ha decidido la elección, o la mirada ingenua de una moza de posada. No despreciéis esas rústicas ternuras. Tienen alma y sentidos también esas muchachas, y mejillas firmes y labios frescos; y su beso violento es muy sabroso, como un fruto silvestre. El amor siempre tiene su precio, venga de donde venga. Un corazón que late cuando apareces, un ojo que llora cuando te marchas, son cosas tan raras, tan dulces, tan preciosas, que nunca se deben despreciar.

He conocido las citas en las zanjas llenas de primulas, detrás del establo donde duermen las vacas, y sobre la paja de los graneros aún tibia por el calor del día. Tengo recuerdos de tela basta y gris sobre carnes elásticas y rudas, y añoranzas de ingenuas y francas caricias, más delicadas en su brutalidad sincera que los sutiles placeres obtenidos de mujeres encantadoras y distinguidas.

Pero lo que se ama sobre todo en esas correrías aventureras es el campo, los bosques, las salidas de sol, los crepúsculos, los claros de luna. Son, para los pintores, como un viaje de bodas con la tierra. Se está solo junto a ella en esa larga y tranquila cita. Uno se tumba en

una pradera, entre margaritas y amapolas, y, con los ojos abiertos, bajo una clara puesta de sol, se contempla a lo lejos el pequeño pueblo con su campanario puntiagudo que da las doce.

Se sienta uno a la orilla de un manantial que brota al pie de un roble, en medio de una cabellera de hierbas frágiles, altas, relucientes de vida. Se arrodilla uno, se inclina, bebe esa agua fría y transparente que te moja el bigote y la nariz, la bebe con un placer físico, como si besara el manantial, labio a labio. A veces, cuando se encuentra una poza a lo largo de esos delgados cursos de agua, uno se sumerge, desnudo, y siente en la piel, de la cabeza a los pies, como una caricia helada y deliciosa, el estremecimiento de la corriente viva y ligera.

Se está alegre en la colina, melancólico al borde de los estanques, exaltado cuando el sol se ahoga en un océano de nubes sangrientas y arroja a los ríos reflejos rojos. Y, por la noche, bajo la luna que cruza el fondo del cielo, se sueña en mil cosas singulares que no acudirían a la mente bajo la ardiente claridad del día.

Así pues, errando de esta manera por esta misma comarca donde nos encontramos este año, llegué una tarde al pequeño pueblo de Bénouville, sobre el acantilado, entre Yport y Étretat. Venía de Fécamp siguiendo la costa, la alta costa recta como una muralla, con sus salientes de rocas calcáreas que caían a pico en el mar. Había caminado desde la mañana sobre ese césped raso, fino y flexible como una alfombra, que crece al borde del abismo bajo el viento salado de alta mar. Y, cantando a pleno pulmón, andando a grandes zancadas, mirando ya el vuelo lento y curvo de una gaviota que dibujaba en el cielo azul la blanca curva de sus alas, ya, sobre el mar verde, la vela parda de una barca de pesca, había pasado un día feliz de despreocupación y libertad.

Me indicaron una pequeña granja donde alojaban a los viajeros, una especie de posada regentada por una campesina en medio de un patio normando rodeado por una doble hilera de hayas.

Dejando el acantilado, me dirigí, pues, a la aldea encerrada entre sus grandes árboles y me presenté en casa de la madre Lecacheur.

Era una vieja campesina, arrugada, severa, que parecía recibir siempre a los clientes a regañadientes, con una especie de desconfianza.

Estábamos en mayo; los manzanos en flor cubrían el patio con un techo de flores perfumadas, esparciendo incesantemente una lluvia arremolinada de pétalos rosados que caían sin fin sobre la gente y sobre la hierba.

Pregunté:

—Y bien, señora Lecacheur, ¿tiene una habitación para mí?

Asombrada de que supiera su nombre, respondió:

—Según se mire, todo está alquilado. Aun así, se podría ver.

En cinco minutos nos pusimos de acuerdo, y deposité mi saco en el suelo de tierra de una estancia rústica, amueblada con una cama, dos sillas, una mesa y una jofaina. Daba a la cocina, grande y ahumada, donde los huéspedes comían con la gente de la granja y la patrona, que era viuda.

Me lavé las manos y volví a salir. La vieja estaba guisando un pollo para la cena en su ancha chimenea, de donde pendían los negros llares tiznados de humo.

—¿Así que tiene viajeros en este momento? —le dije.

Respondió, con su aire descontento:

—Tengo una señora, una inglesa de edad. Ocupa la otra habitación.

Conseguí, a cambio de un aumento de cinco sous por día, el derecho a comer solo en el patio cuando hiciera buen tiempo.

Me pusieron, pues, el cubierto delante de la puerta, y comencé a despedazar a dentelladas los magros miembros de la gallina

normanda, bebiendo sidra clara y masticando un pan blanco y basto, de cuatro días, pero excelente.

De repente, la barrera de madera que daba al camino se abrió, y una extraña persona se dirigió hacia la casa. Era muy delgada, muy alta, tan apretada en un chal escocés de cuadros rojos que se la habría creído sin brazos si no se hubiera visto asomar una larga mano a la altura de las caderas, sosteniendo una sombrilla blanca de turista. Su rostro de momia, enmarcado por tirabuzones de pelo gris que saltaban a cada uno de sus pasos, me hizo pensar, no sé por qué, en un arenque ahumado que llevara papillotes. Pasó rápidamente ante mí, bajando la vista, y se adentró en la cabaña.

Aquella singular aparición me divirtió; era, sin duda, mi vecina, la inglesa de edad de la que había hablado nuestra anfitriona.

No la volví a ver ese día. Al día siguiente, mientras me había instalado para pintar en el fondo de ese encantador valle que ustedes conocen y que desciende hasta Étretat, al levantar la vista de repente, divisé algo singular erguido en la cresta de la colina; parecía un mástil empavesado. Era ella. Al verme, desapareció.

Regresé a mediodía para almorzar y ocupé mi lugar en la mesa común, con el fin de conocer a aquella vieja original. Pero no respondió a mis cumplidos, insensible incluso a mis pequeñas atenciones. Le servía agua con obstinación, le pasaba los platos con premura. Un ligero movimiento de cabeza, casi imperceptible, y una palabra inglesa murmurada tan bajo que no la oí, fueron su único agradecimiento.

Dejé de ocuparme de ella, aunque inquietaba mi pensamiento.

Al cabo de tres días, sabía tanto sobre ella como la propia señora Lecacheur.

Se llamaba miss Harriet. Buscando un pueblo perdido para pasar el verano, se había detenido en Bénouville seis semanas antes y no parecía dispuesta a marcharse. Nunca hablaba en la mesa, comía deprisa, mientras leía un pequeño libro de propaganda protestante. Repartía esos libros a todo el mundo. El propio cura había recibido

cuatro, entregados por un niño a cambio de una comisión de dos sous. A veces le decía a nuestra anfitriona, de repente, sin que nada preparara tal declaración: «Yo amado el Señor más que todo; yo lo admirado en toda su creación, yo lo adorado en toda su naturaleza, yo lo llevado siempre en mi corazón». Y acto seguido le entregaba a la campesina, desconcertada, uno de sus folletos destinados a convertir el universo.

En el pueblo no la querían. Como el maestro de escuela había declarado: «Es una atea», una especie de reprobación pesaba sobre ella. El cura, consultado por la señora Lecacheur, respondió: «Es una hereje, pero Dios no quiere la muerte del pecador, y creo que es una persona de una moralidad perfecta».

Estas palabras, «atea», «hereje», cuyo significado preciso se ignoraba, sembraban dudas en los ánimos. Se pretendía además que la inglesa era rica y que había pasado su vida viajando por todos los países del mundo porque su familia la había echado. ¿Por qué la había echado su familia? Por su impiedad, naturalmente.

Era, en verdad, una de esas² exaltadas de principios, una de esas puritanas obstinadas como Inglaterra produce tantas, una de esas viejas y buenas solteronas insoportables que frecuentan todas las mesas de huéspedes de Europa, arruinan Italia, envenenan Suiza, hacen inhabitables las encantadoras ciudades del Mediterráneo, llevando a todas partes sus manías extrañas, sus costumbres de vestales petrificadas, sus atuendos indescriptibles y un cierto olor a caucho que haría pensar que por la noche las meten en un estuche.

Cuando divisaba a una en un hotel, huía como los pájaros que ven un espantapájaros en un campo.

Aquella, sin embargo, me parecía tan singular que no me desagradaba.

La señora Lecacheur, hostil por instinto a todo lo que no era campesino, sentía en su mente limitada una especie de odio por los ademanes extáticos de la solterona. Había encontrado un término para calificarla, un término ciertamente despectivo, surgido no sé

cómo en sus labios, invocado por no sé qué confuso y misterioso trabajo de su mente. Decía: «Es una endemoniada». Y esta palabra, aplicada a aquel ser austero y sentimental, me parecía de una comicidad irresistible. Yo mismo ya no la llamaba sino «la endemoniada», sintiendo un curioso placer al pronunciar en voz alta esas sílabas al verla.

Le preguntaba a la madre Lecacheur:

—Y bien, ¿qué hace hoy nuestra endemoniada?

Y la campesina respondía con aire escandalizado:

—¿Se creería usted, señor, que ha recogido un sapo al que le habían aplastado la pata, y que se lo ha llevado a su cuarto, y que lo ha metido en su jofaina y que le pone un vendaje como a un hombre? ¡Si eso no es una profanación!

Otra vez, paseando al pie del acantilado, había comprado un gran pescado recién capturado solo para devolverlo al mar. Y el marinero, aunque bien pagado, la había insultado a más no poder, más exasperado que si ella le hubiera robado el dinero del bolsillo. Después de un mes, todavía no podía hablar de ello sin enfurecerse y proferir ultrajes. ¡Oh, sí! Era realmente una endemoniada, miss Harriet; la madre Lecacheur había tenido una inspiración genial al bautizarla así.

El mozo de cuadra, al que llamaban Sapeur porque había servido en África en su juventud, tenía otras opiniones. Decía con aire taimado: «Es una vieja que ya ha vivido lo suyo».

¡Si la pobre muchacha lo hubiera sabido!

La pequeña criada, Céleste, no la servía de buena gana, sin que yo pudiera entender por qué. Quizás únicamente porque era extranjera, de otra raza, de otra lengua y de otra religión. ¡Era una endemoniada, en fin!

Pasaba el tiempo errando por el campo, buscando y adorando a Dios en la naturaleza. La encontré, una tarde, de rodillas en un matorral. Habiendo distinguido algo rojo a través de las hojas,

aparté las ramas, y miss Harriet se irguió, confundida por haber sido vista así, clavando en mí unos ojos despavoridos como los de las lechuzas sorprendidas a plena luz del día.

A veces, cuando trabajaba entre las rocas, la divisaba de repente en el borde del acantilado, semejante a una señal de semáforo. Miraba apasionadamente el vasto mar dorado de luz y el gran cielo purpúreo de fuego. A veces la distinguía en el fondo de un valle, caminando deprisa, con su paso elástico de inglesa; y yo iba hacia ella, atraído no sé por qué, únicamente para ver su rostro de iluminada, su rostro seco, indecible, contento con una alegría interior y profunda.

A menudo también me la encontraba en la esquina de una granja, sentada en la hierba, a la sombra de un manzano, con su pequeño libro bíblico abierto sobre las rodillas y la mirada perdida en la lejanía.

Pues yo ya no me marchaba, atado a aquella tranquila comarca por mil lazos de amor a sus amplios y dulces paisajes. Estaba a gusto en aquella granja ignorada, lejos de todo, cerca de la tierra, de la buena, sana, bella y verde tierra que nosotros mismos abonaremos con nuestro cuerpo, un día. Y quizá, hay que confesarlo, una pizca de curiosidad también me retenía en casa de la madre Lecacheur. Hubiera querido conocer un poco a esa extraña miss Harriet y saber qué pasa en las almas solitarias de esas viejas inglesas errantes.

II

Nos conocimos de manera bastante singular. Acababa yo de terminar un estudio que me parecía soberbio, y lo era. Se vendió por diez mil francos quince años más tarde. Era, por otro lado, más simple que dos y dos son cuatro y se salía de las reglas académicas. Todo el lado derecho de mi lienzo representaba una roca, una enorme roca verrugosa, cubierta de algas pardas, amarillas y rojas, sobre la que el sol se derramaba como aceite. La luz, sin que se viera el astro oculto detrás de mí, caía sobre la piedra y la doraba de fuego. Eso era. Un primer plano deslumbrante de claridad, inflamado, soberbio.

A la izquierda el mar, no el mar azul, el mar de pizarra, sino el mar de jade, verdoso, lechoso y duro también bajo el cielo oscuro.

Estaba tan contento con mi trabajo que bailaba mientras lo llevaba de vuelta a la posada. Hubiera querido que el mundo entero lo viera de inmediato. Recuerdo que se lo mostré a una vaca al borde del sendero, gritándole:

—Mira esto, vieja. No verás a menudo cosas como esta.

Al llegar delante de la casa, llamé en seguida a la madre Lecacheur, berreando a voz en cuello:

—¡Eh, ohé! ¡Patrona, acérquese y échele un vistazo a esto!

La campesina llegó y consideró mi obra con su ojo estúpido que no distinguía nada, que ni siquiera veía si aquello representaba un buey o una casa.

Miss Harriet regresaba, y pasaba detrás de mí justo en el momento en que, sosteniendo mi lienzo con el brazo extendido, se lo mostraba a la posadera. La endemoniada no pudo evitar verlo, pues yo tenía cuidado de presentar la cosa de tal manera que no escapara a su vista.

Se detuvo en seco, sobrecogida, estupefacta. Era su roca, al parecer, aquella a la que trepaba para soñar a sus anchas.

Murmuró un «¡Aoh!» británico tan acentuado y halagador, que me volví hacia ella sonriendo; y le dije:

—Es mi último estudio, mademoiselle.

Ella murmuró, extasiada, cómica y enternecedora:

—¡Oh, señor, usted comprendido la naturaleza de una manera palpitante!

Me sonrojé, a fe mía, más conmovido por ese cumplido que si hubiera venido de una reina. Estaba seducido, conquistado, vencido. ¡La habría besado, palabra de honor!

Me senté a la mesa a su lado, como siempre. Por primera vez hablé, continuando en voz alta su pensamiento:

—¡Oh, yo amado tanto la naturaleza!

Le ofrecí pan, agua, vino. Ahora aceptaba con una sonrisita de momia. Y comencé a charlar sobre paisajes.

Después de la comida, habiéndonos levantado juntos, nos pusimos a caminar por el patio; luego, atraído sin duda por el incendio formidable que el sol poniente encendía sobre el mar, abrí la barrera que daba al acantilado, y allá partimos, lado a lado, contentos como dos personas que acaban de comprenderse y compenetrarse.

Era una tarde tibia, apacible, una de esas tardes de bienestar en las que la carne y el espíritu son felices. Todo es gozo y todo es encanto. El aire tibio, embalsamado, lleno de aromas de hierbas y de algas, acaricia el olfato con su perfume salvaje, acaricia el paladar con su sabor marino, acaricia el espíritu con su dulzura penetrante. Caminábamos ahora al borde del abismo, por encima del vasto mar que hacía rodar, cien metros bajo nosotros, sus pequeñas olas. Y bebíamos, con la boca abierta y el pecho dilatado, aquel aliento

fresco que había cruzado el Océano y que se nos deslizaba sobre la piel, lento y salado por el largo beso de las olas.

Apretada en su chal de cuadros, con aire inspirado, con los dientes al viento, la inglesa miraba el enorme sol descender hacia el mar. Delante de nosotros, allá lejos, en el límite de la vista, un velero de tres palos cubierto de velas dibujaba su silueta sobre el cielo inflamado, y un vapor, más cercano, pasaba desenrollando su humo, que dejaba tras de sí una nube sin fin que cruzaba todo el horizonte.

El globo rojo descendía siempre, lentamente. Y pronto tocó el agua, justo detrás del navío inmóvil, que apareció como en un marco de hierro, en medio del astro resplandeciente. Se hundía poco a poco, devorado por el Océano. Se le veía sumergirse, disminuir, desaparecer. Se acabó. Solo el pequeño bajel mostraba todavía su perfil recortado sobre el fondo de oro del cielo lejano.

Miss Harriet contemplaba con una mirada apasionada el final llameante del día. Y ciertamente tenía un deseo desmedido de abrazar el cielo, el mar, todo el horizonte.

Murmuró:

—¡Aoh! Yo amado... yo amado... yo amado...

Vi una lágrima en su ojo. Prosiguió:

—Yo querría ser un pajarito para volar en el firmamento.

Y permanecía de pie, como la había visto a menudo, clavada en el acantilado, roja también en su chal de púrpura. Sentí deseos de dibujarla en mi álbum. Parecía la caricatura del éxtasis.

Me volví para no sonreír.

Luego, le hablé de pintura, como lo habría hecho con un camarada, señalando los tonos, los valores, las fuerzas, con términos del oficio. Ella me escuchaba atentamente, comprendiendo, tratando de adivinar el sentido oscuro de las palabras, de penetrar mi pensamiento. De vez en cuando pronunciaba:

—Oh, yo comprendido, yo comprendido. Esto sido muy palpitante.

Regresamos.

Al día siguiente, al verme, vino rápidamente a tenderme la mano. Y nos hicimos amigos al instante.

Era una buena criatura que tenía una especie de alma con resortes, que saltaba a borbotones de entusiasmo. Le faltaba equilibrio, como a todas las mujeres que han permanecido solteras a los cincuenta años. Parecía confitada en una inocencia agria; pero había conservado en el corazón algo muy joven, inflamado. Amaba la naturaleza y los animales con un amor exaltado, fermentado como una bebida demasiado añeja, un amor sensual que no había entregado a los hombres.

Es cierto que la visión de una perra amamantando, de una yegua corriendo en un prado con su potrillo entre las patas, de un nido de pájaros lleno de pequeños pichones piando, con el pico abierto, la cabeza enorme, el cuerpo desnudo, la hacía palpar con una emoción exagerada.

¡Pobres seres solitarios, errantes y tristes de las mesas de huéspedes, pobres seres ridículos y lamentables, os amo desde que conocí a aquel!

Pronto me di cuenta de que tenía algo que decirme, pero no se atrevía, y me divertía su timidez. Cuando partía por la mañana, con mi caja a la espalda, me acompañaba hasta el final del pueblo, muda, visiblemente ansiosa y buscando las palabras para empezar. Luego me dejaba bruscamente y se iba deprisa, con su paso saltarín.

Un día, por fin, se armó de valor:

—¿Yo querría ver usted cómo usted hace la pintura? ¿Querer usted? Yo sido muy curiosa.

Y se sonrojó como si hubiera pronunciado palabras extremadamente audaces.

La llevé al fondo del Petit-Val, donde empezaba un gran estudio.

Permaneció de pie detrás de mí, siguiendo todos mis gestos con una atención concentrada.

Luego, de repente, temiendo quizá molestarme, me dijo «Gracias» y se marchó.

Pero en poco tiempo se volvió más familiar y empezó a acompañarme cada día con visible placer. Traía bajo el brazo su silla plegable, sin permitir que yo la llevara, y se sentaba a mi lado. Permanecía allí durante horas, inmóvil y muda, siguiendo con la mirada la punta de mi pincel en todos sus movimientos. Cuando lograba, con una ancha mancha de color aplicada bruscamente con la espátula, un efecto justo e inesperado, soltaba a su pesar un pequeño «¡Aoh!» de asombro, de alegría y de admiración. Sentía un respeto enternecido por mis lienzos, un respeto casi religioso por esa reproducción humana de una parcela de la obra divina. Mis estudios le parecían una especie de cuadros de santidad; y a veces me hablaba de Dios, intentando convertirme.

¡Oh, era un tipo curioso su buen Dios, una especie de filósofo de pueblo, sin grandes medios ni gran poder, pues siempre se lo imaginaba desolado por las injusticias cometidas ante sus ojos, como si no hubiera podido impedir las!

Estaba, por lo demás, en excelentes términos con él, pareciendo incluso confidente de sus secretos y de sus contrariedades. Decía: «Dios quiere» o «Dios no quiere», como un sargento que anunciara al recluta: «El coronel ha ordenado».

Deploraba desde el fondo de su corazón mi ignorancia de las intenciones celestiales, que se esforzaba en revelarme; y encontraba cada día en mis bolsillos, en mi sombrero cuando lo dejaba en el suelo, en mi caja de pinturas, en mis zapatos lustrados ante mi puerta por la mañana, esos pequeños folletos de piedad que sin duda recibía directamente del Paraíso.

La trataba como a una vieja amiga, con una cordial franqueza. Pero pronto me di cuenta de que sus modales habían cambiado un poco. Al principio no le presté atención.

Cuando trabajaba, ya fuera en el fondo de mi valle o en algún camino hondo, la veía aparecer de repente, llegando con su paso rápido y acompasado. Se sentaba bruscamente, sin aliento, como si hubiera corrido o como si una profunda emoción la agitara. Estaba muy roja, de ese rojo inglés que ningún otro pueblo posee; luego, sin razón, palidecía, se volvía del color de la tierra y parecía a punto de desmayarse. Poco a poco, sin embargo, la veía recuperar su fisonomía ordinaria y se ponía a hablar.

Luego, de repente, dejaba una frase a medias, se levantaba y huía tan rápida y extrañamente que yo me preguntaba si no habría hecho algo que pudiera disgustarla o herirla.

Finalmente, pensé que esos debían de ser sus modales normales, un poco modificados sin duda en mi honor en los primeros tiempos de nuestro conocimiento.

Cuando regresaba a la granja después de horas de caminata por la costa batida por el viento, sus largos cabellos torcidos en espirales a menudo se habían deshecho y colgaban como si su resorte se hubiera roto. Antes no le preocupaba, y venía a cenar sin reparo, despeinada así por su hermana la brisa.

Ahora subía a su cuarto para arreglarse lo que yo llamaba sus globos de lámpara; y cuando le decía con una galantería familiar que siempre la escandalizaba: «Está usted bella como un astro hoy, miss Harriet», un poco de sangre le subía en seguida a las mejillas, sangre de jovencita, sangre de quince años.

Luego se volvió completamente arisca y dejó de venir a verme pintar. Pensé: «Es una crisis, pasará». Pero no pasaba. Cuando le hablaba ahora, me respondía, ya con una indiferencia afectada, ya con una sorda irritación. Y tenía brusquedades, impaciencias, nervios. Solo la veía en las comidas y ya apenas charlábamos. Pensé realmente que la había ofendido en algo; y una noche le pregunté:

—Miss Harriet, ¿por qué ya no es conmigo como antes? ¿Qué he hecho para disgustarla? ¡Me causa usted mucha pena!

Respondió, con un acento de cólera de lo más cómico:

—Yo estado siempre con usted el mismo que antes. No ser verdad, no verdad —y corrió a encerrarse en su habitación.

Me miraba a ratos de una manera extraña. A menudo me he dicho desde entonces que los condenados a muerte deben de mirar así cuando se les anuncia el último día. Había en su ojo una especie de locura, una locura mística y violenta; y algo más, una fiebre, un deseo exasperado, impaciente e impotente de lo no realizado y de lo irrealizable. Y me parecía que había también en ella un combate en el que su corazón luchaba contra una fuerza desconocida que quería dominar, y quizá también otra cosa... ¿Qué sé yo? ¿Qué sé yo?

III

Fue, verdaderamente, una revelación singular.

Desde hacía algún tiempo trabajaba cada mañana, desde el alba, en un cuadro cuyo tema era este:

Un barranco profundo, encajonado, dominado por dos taludes de zarzas y árboles, se alargaba, perdido, ahogado en ese vapor lechoso, en esa guata que flota a veces sobre los valles al amanecer. Y en el fondo de esa niebla espesa y transparente, se veía venir, o más bien se adivinaba, una pareja humana, un mozo y una moza, abrazados, enlazados, ella con la cabeza levantada hacia él, él inclinado hacia ella, y boca a boca.

Un primer rayo de sol, deslizándose entre las ramas, atravesaba esa bruma de aurora, la iluminaba con un reflejo rosa detrás de los rústicos amantes, hacía pasar sus sombras vagas por una claridad plateada. Estaba bien, a fe mía, muy bien.

Trabajaba en la bajada que conduce al pequeño valle de Étretat. Tenía por suerte, aquella mañana, la neblina flotante que necesitaba.

Algo se irguió ante mí, como un fantasma: era miss Harriet. Al verme, quiso huir. Pero la llamé, gritando:

—Venga, venga, mademoiselle, tengo un cuadrito para usted.

Se acercó, como a regañadientes. Le tendí mi boceto. No dijo nada, pero permaneció largo rato inmóvil mirando, y de repente se echó a llorar. Lloraba con espasmos nerviosos, como las personas que han luchado mucho contra las lágrimas y ya no pueden más, que se abandonan resistiendo todavía. Me levanté de un salto, conmovido yo mismo por aquella pena que no comprendía, y le tomé las manos en un arranque de afecto brusco, un verdadero arranque de francés que actúa más rápido de lo que piensa.

Dejó sus manos en las mías unos segundos, y las sentí temblar como si todos sus nervios se hubieran retorcido.

Luego las retiró bruscamente, o más bien, las arrancó.³

Había reconocido aquel escalofrío, por haberlo sentido ya; y nada me engañaría al respecto. ¡Ah, el escalofrío de amor de una mujer, tenga quince o cincuenta años, sea del pueblo o del mundo, me llega tan directo al corazón que nunca dudo en comprenderlo!

Todo su pobre ser había temblado, vibrado, desfallecido. Yo lo sabía. Se marchó sin que yo hubiera dicho una palabra, dejándome tan sorprendido como ante un milagro, y tan desolado como si hubiera cometido un crimen.

No volví para almorzar. Fui a dar un paseo por el borde del acantilado, con tantas ganas de llorar como de reír, encontrando la aventura cómica y deplorable, sintiéndome ridículo y juzgándola a ella tan desdichada como para volverse loca.

Me preguntaba qué debía hacer.

Juzgué que no me quedaba más que marcharme, y tomé la resolución al instante.

Después de vagabundear hasta la cena, un poco triste, un poco soñador, regresé a la hora de la sopa.

Nos sentamos a la mesa como de costumbre. Miss Harriet estaba allí, comía gravemente, sin hablar con nadie y sin levantar la vista. Tenía, por lo demás, su rostro y su porte ordinarios.

Esperé el final de la comida y, volviéndome hacia la patrona:

—Y bien, señora Lecacheur, no tardaré en dejarla.

La buena mujer, sorprendida y afligida, exclamó con su voz cansina:

—¿Qué dice usted, mi buen señor? ¿Va a dejarnos? ¡Estábamos tan acostumbrados a usted!

Miré de lejos a miss Harriet; su rostro no se había inmutado. Pero Céleste, la pequeña criada, acababa de levantar los ojos hacia mí. Era una moza robusta de dieciocho años, rubicunda, franca, fuerte como un caballo, y limpia, cosa rara. La besaba a veces en los rincones, por costumbre de trotamundos de posadas, nada más.

Y la cena terminó.

Fui a fumar mi pipa bajo los manzanos, paseando de un lado a otro del patio. Todas las reflexiones que había hecho durante el día, el extraño descubrimiento de la mañana, aquel amor grotesco y apasionado prendado de mí, los recuerdos surgidos a raíz de esa revelación, recuerdos encantadores e inquietantes, quizá también aquella mirada de la criada levantada hacia mí al anunciar mi partida, todo ello mezclado, combinado, me ponía ahora un humor gallardo en el cuerpo, un cosquilleo de besos en los labios y, en las venas, ese no sé qué que empuja a hacer tonterías.

Caía la noche, deslizándose su sombra bajo los árboles, y vi a Céleste que iba a cerrar el gallinero al otro lado del cercado. Me abalancé, corriendo con pasos tan ligeros que no oyó nada, y

cuando se enderezaba, después de haber bajado la pequeña trampilla por donde entran y salen las gallinas, la agarré con ambos brazos, lanzando sobre su rostro ancho y graso una lluvia de caricias. Ella se debatía, riendo sin embargo, acostumbrada a aquello.

¿Por qué la solté bruscamente? ¿Por qué me volví de un tirón? ¿Cómo sentí a alguien detrás de mí?

Era miss Harriet, que regresaba, que nos había visto y que permanecía inmóvil como frente a un espectro. Luego desapareció en la noche.

Volví avergonzado, turbado, más desesperado por haber sido sorprendido así por ella que si me hubiera encontrado cometiendo algún acto criminal.

Dormí mal, excesivamente nervioso, acosado por pensamientos tristes. Me pareció oír llorar. Sin duda me equivocaba. Varias veces también creí que alguien caminaba por la casa y que abría la puerta de fuera.

Hacia la mañana, abrumado por el cansancio, el sueño por fin me venció. Desperté tarde y no aparecí hasta el almuerzo, todavía confuso, sin saber qué cara poner.

No se había visto a miss Harriet. La esperaron; no apareció. La madre Lecacheur entró en su cuarto; la inglesa se había marchado. Debía de haber salido incluso al amanecer, como solía hacer, para ver salir el sol.

Nadie se extrañó y nos pusimos a comer en silencio.

Hacía calor, mucho calor, era uno de esos días ardientes y pesados en los que no se mueve ni una hoja. Habían sacado la mesa fuera, bajo un manzano; y de vez en cuando Sapeur iba a la bodega a llenar la jarra de sidra, de tanto como se bebía. Céleste traía los platos de la cocina: un guiso de cordero con patatas, un conejo salteado y una ensalada. Luego puso ante nosotros un plato de cerezas, las primeras de la temporada.

Queriendo lavarlas y refrescarlas, le rogué a la pequeña criada que fuera a sacarme un cubo de agua bien fría.

Volvió al cabo de cinco minutos declarando que el pozo estaba seco. Habiendo dejado bajar toda la cuerda, el cubo había tocado el fondo y luego había subido vacío. La madre Lecacheur quiso cerciorarse por sí misma y fue a mirar por el brocal. Regresó anunciando que se veía algo en su pozo, algo que no era natural. Un vecino, sin duda, había arrojado fardos de paja por venganza.

Quise mirar yo también, esperando poder distinguir mejor, y me incliné sobre el borde. Divisé vagamente un objeto blanco. ¿Pero qué? Se me ocurrió entonces bajar una linterna atada a una cuerda. La luz amarilla danzaba sobre las paredes de piedra, hundiéndose poco a poco. Estábamos los cuatro inclinados sobre la abertura, pues Sapeur y Céleste se nos habían unido. La linterna se detuvo sobre una masa indistinta, blanca y negra, singular, incomprensible. Sapeur exclamó:

—Es un caballo. Veo la pezuña. Se habrá caído esta noche después de escaparse del prado.

Pero de repente, un escalofrío me recorrió hasta la médula. Acababa de reconocer un pie, luego una pierna erguida; el cuerpo entero y la otra pierna desaparecían bajo el agua.

Balbucí, muy bajo, y temblando tanto que la linterna danzaba frenéticamente sobre el zapato:

—Es una mujer que... que... que está ahí dentro... es miss Harriet.

Solo Sapeur no pestañeó. ¡Había visto muchas otras cosas en África!

La madre Lecacheur y Céleste se pusieron a dar gritos desgarradores y huyeron corriendo.

Hubo que rescatar a la muerta. Até firmemente al mozo por los riñones y luego lo bajé por medio de la polea, muy lentamente, viéndolo hundirse en la sombra. Llevaba en las manos la linterna y otra cuerda. Pronto su voz, que parecía venir del centro de la tierra,

gritó: «¡Paren!»; y lo vi pescando algo en el agua, la otra pierna, luego ató los dos pies juntos y gritó de nuevo: «¡Icen!».

Lo hice subir; pero sentía los brazos rotos, los músculos flojos, tenía miedo de soltar la amarra y dejar caer al hombre. Cuando su cabeza apareció en el brocal, pregunté: «¿Y bien?», como si hubiera esperado que me diera noticias de la que estaba allí, en el fondo.

Subimos los dos a la piedra del brocal y, cara a cara, inclinados sobre la abertura, empezamos a izar el cuerpo.

La madre Lecacheur y Céleste nos acechaban de lejos, escondidas detrás del muro de la casa. Cuando vieron, saliendo del agujero, los zapatos negros y las medias blancas de la ahogada, desaparecieron.

Sapeur agarró los tobillos, y la sacamos de allí, a la pobre y casta muchacha, en la postura más impúdica. La cabeza era espantosa, negra y desgarrada; y sus largos cabellos grises, completamente desatados, desenrollados para siempre, colgaban, chorreantes y fangosos. Sapeur sentenció con tono de desprecio:

—¡Rediez, qué flaca es!

La llevamos a su habitación, y como las dos mujeres no reaparecían, le preparé la mortaja con el mozo de cuadra.

Lavé su triste rostro descompuesto. Bajo mi dedo un ojo se abrió un poco y me miró con esa mirada pálida, esa mirada fría, esa mirada terrible de los cadáveres, que parece venir de más allá de la vida. Arreglé como pude sus5 cabellos esparcidos y, con mis manos torpes, ajusté sobre su frente un peinado nuevo y singular. Luego le quité sus ropas empapadas, descubriendo un poco, con vergüenza, como si cometiera una profanación, sus hombros y su pecho, y sus largos brazos, tan delgados como ramas.

Después, fui a buscar flores, amapolas, acianos, margaritas y hierba fresca y perfumada, con las que cubrí su lecho fúnebre.

Luego tuve que cumplir las formalidades de rigor, estando solo junto a ella. Una carta encontrada en su bolsillo, escrita en el último momento, pedía que la enterraran en ese pueblo donde había

pasado sus últimos días. Un pensamiento atroz me oprimió el corazón. ¿No sería por mi causa que quería quedarse en aquel lugar?

Hacia la tarde, las comadres del vecindario vinieron a contemplar a la difunta; pero impedí que entraran; quería quedarme solo junto a ella; y la velé toda la noche.

La miraba a la luz de las velas, a la desdichada mujer desconocida para todos, muerta tan lejos, tan lamentablemente. ¿Dejaba en alguna parte amigos, parientes? ¿Cómo habían sido su infancia, su vida? ¿De dónde venía así, completamente sola, errante, perdida como un perro echado de su casa? ¿Qué secreto de sufrimiento y de desesperación estaba encerrado en ese cuerpo desgarrado, en ese cuerpo llevado, como una tara vergonzosa, durante toda su existencia, envoltura ridícula que había alejado de ella todo afecto y todo amor?

¡Qué desdichados son algunos seres! ¡Sentía pesar sobre aquella criatura humana la eterna injusticia de la implacable naturaleza! Todo había terminado para ella, sin que, quizá, hubiera tenido nunca lo que sostiene a los más desheredados: la esperanza de ser amada una vez! Pues, ¿por qué se escondía así, huía de los demás? ¿Por qué amaba con una ternura tan apasionada todas las cosas y todos los seres vivos que no son los hombres?

Y comprendí que creyera en Dios, ella, y que hubiera esperado en otro lugar la compensación a su miseria. Ahora iba a descomponerse y a convertirse en planta a su vez. Florecería al sol, sería pasto de las vacas, llevada en forma de semilla por los pájaros y, carne de las bestias, volvería a ser carne humana. Pero lo que se llama el alma se había extinguido en el fondo del pozo negro. Ya no sufría. Había cambiado su vida por otras vidas que ella haría nacer.

Las horas pasaban en aquel vis a vis siniestro y silencioso. Un pálido resplandor anunció el alba; luego un rayo rojo se deslizó hasta la cama, puso una barra de fuego sobre las sábanas y sobre

las manos. Era la hora que ella tanto amaba. Los pájaros despiertos cantaban en los árboles.

Abrí la ventana de par en par, aparté las cortinas para que el cielo entero nos viera, y, inclinándome sobre el cadáver helado, tomé en mis manos la cabeza desfigurada y, lentamente, sin terror y sin asco, puse un beso, un largo beso, sobre aquellos labios que nunca habían recibido uno.

Léon Chenal guardó silencio. Las mujeres lloraban. Se oía en el pescante al conde de Étraille sonarse la nariz una y otra vez. Solo el cochero dormitaba. Y los caballos, que ya no sentían el látigo, habían ralentizado la marcha, tiraban lánguidamente. Y el coche apenas avanzaba, de repente pesado como si estuviera cargado de tristeza.

NOTA

Miss Harriet apareció en Le Gaulois el lunes 9 de julio de 1883 bajo el título de Miss Hastings. La novela corta fue, por otro lado, retomada, sensiblemente desarrollada y en parte rehecha. En cuanto al título que debía dar nombre al volumen, he aquí lo que Maupassant escribía en una carta inédita al editor Havard, el 15 de marzo de 1884:

«No creo que Hastings sea una mala palabra, dado que es conocida en el mundo entero, recordando los mayores hechos de la

historia de Inglaterra. Además, Hastings existe como nombre tanto como Duval entre nosotros.

El nombre de Cherbuliez, Miss Revel, no se parecía más a un nombre inglés que a un nombre turco.

He aquí, sin embargo, otra palabra tan inglesa como Hastings y de composición más bonita, es: Miss Harriet... Le ruego, pues, que reemplace en todas partes Hastings por Harriet».

Fue a propósito de este mismo título que Maupassant tuvo en octubre de 1890 dificultades con Audran y Boucheron, director de los Bouffes-Parisiens. Este título, en efecto, había sido dado por ellos a una opereta que iba a ser representada en ese escenario. Sin embargo, acabaron cediendo a las protestas de Maupassant, y la opereta, cambiando de nombre, se convirtió en Miss Hélyett.

1. [Miss Harriet - Guy de Maupassant](#)
2. [Miss Harriet](#)
 1. [I](#)
 2. [II](#)
 3. [III](#)
 4. [Nota](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB